

vidable. Así habla Mellors a su amante Lady Chatterley: «Si tú estás en Escocia y yo en los Midlands, si no puedo tenerte entre mis brazos, conservo sin embargo, algo de ti: la paz que se gana haciendo el amor. . . . Qué miseria el ser como don Juan, incapaz de apaciguarse en el amor!»

D. H. Lawrence ha sentido el amor y la vida de nuestro tiempo con alma renovada y viril. Ha querido llegar hasta el fondo de la realidad contemporánea, y se ha apartado de ella con asco. Ha sentido la soledad del individuo, ha analizado con ojo agudo sus miserias, pero no ha tomado el instrumento como un fin, no se ha deleitado con mirarlo miserable, o simplemente con mirarlo, sino que ha encontrado y ha predicado una doctrina que lo dignifica y lo enaltece.

D. H. Lawrence fué un hombre fuerte que supo mostrar con honradez y con relieve un aspecto del complejo mundo en que vivió, y hacer de sus creencias un hermoso poema de verdad y de esperanza.—O S C A R V E R A L .

EL LAMENTABLE OFICIO DE LAS LETRAS

LA profesión de la literatura es, probablemente, la más absurda de cuantas se ofrecen al género humano. Preténdese, al mismo tiempo, revestirla de una importancia que constituye, en realidad, uno de sus aspectos humorísticos salientes. Los libros, el arte de la imprenta, han tenido una influencia incalculable en la historia humana; una influencia que ha tenido, por lo demás, tanto de bueno como de malo, ciertamente, pero los absurdos que se dice del ejercicio y el alcance de las letras, concluyeron ha mucho tiempo con sus más elevados aspectos.

Por ejemplo, la labor misma del escritor de libros es, acaso, la tarea más monótona y opaca entre todas las imaginables. Carece por completo de cualquiera clase de compensaciones. Su actividad sin término va encaminada en casi todos los casos al fracaso. Cada detalle relacionado con ella es fatigante, estúpido y de ardua realización. Es un mito hablar de una sentencia fácil, buena, espontánea, y un párrafo completo cuesta, naturalmente, mucho más; en cuanto a escribir un buen libro, la cosa es sencillamente imposible. La parte práctica del escribir es tan monótona, que una vida entera gastada en ello resulta infinitamente menos variada que la de recoger mariscos de las playas.

Escribir libros es, en realidad, una absurda tarea, una manera

ridícula de gastar el corto tiempo de que disponemos en este mundo. Es una especie de condena a celda solitaria, sin la imposición de rejas y cerraduras, que nos hemos dejado imponer por una estúpida vanidad y por una esperanza problemática. Yo, por ejemplo, voy cada mañana, un día tras otro, de uno a otro año, a una casita que poseo en West Chester, y allí, en una pieza que debió ser el comedor, me pongo a escribir. Escribo solo, sin interrupciones, desde las diez hasta la una o las dos, hasta completar mil quinientas palabras manuscritas. Luego, mentalmente agotado, físicamente deprimido, irritado, me voy a almorzar al hotel. Por la tarde, con raras excepciones, escribo otras mil quinientas palabras. Generalmente cada día sin exceptuar los domingos, yo, un hombre en la madurez de los años, me siento a mi escritorio, frente a dos tinteros y flanqueado por dos rimeros de cuadernos. Los nuevos quedan a la derecha; y a medida que los voy llenando los voy pasando uno a uno a la izquierda; pero, a pesar de cuanto me esfuerce, siempre habrá a mi derecha más cuadernos que los que yo sabría llenar. El minúsculo arroyo de tinta que fluye de mi pluma proviene de una fuente que no agotaré jamás

Estos hechos incontrovertibles, no tardan en hacerse sentir sobre el ánimo. El esfuerzo de mover la pluma sobre una y otra página no es por sí mismo excesivo, pero como idea es aniquilador. A veces, sin descuidar lo demás, sigo la marcha de la pluma a medida que baja línea tras línea hasta el fondo de la página y luego sube bruscamente a lo alto de la hoja que sigue. A través de una puerta interior diviso encuadrado en el marco de la ventana, un trozo atrayente de calle, con sus aceras embaldosadas, sus filas de árboles, y a ratos, gentes y carruajes que pasan. En Otoño, el follaje se pone de un dorado intenso que se abriollanta aún más por las tardes con el oro del sol; y de lo que alcanzo a ver puede deducirse el aspecto de la comarca circundante, valles de un verde azulado, cerros verdegueantes y boscajes de un amarillo de bermellón; el aire quieto está impregnado con el vaho de la madera húmeda y el aroma de la sidra en los lagares. Pienso con complacencia en lo bello que es todo eso y sigo escribiendo hasta las oraciones, cuando la luz se desvanece, y comienza a sentirse el fresco.

En la Primavera es aún peor: las ventanas están de par en par—tras el largo encierro del invierno—y llegan a distraerme infinidad de alegres sonos. Ahora los valles blanquean con las copas floridas de los manzanos, los torrentes corren musicales y desbordantes, y el crepúsculo se mirifica con las altas notas de las loicas y las notas graves de las ranas en los prados. E

aire perezoso está cargado con los flúidos primaverales. Yo sigo, sin embargo, escribiendo ante una mesa que es demasiado baja para mí; mi brazo izquierdo, de permanecer, hora tras hora, en una misma posición, se queda medio paralizado; los dedos de mi mano derecha se adormecen de tanto sostener la pluma. Sería imposible para mí explicar por qué no he cambiado mi mesa por otra más alta; pero el hecho es que por tres años he estado escribiendo agachado, en una posición forzada y molesta. Como no hay alfombra en la pieza donde trabajo, la mesa se va corriendo por el piso, impulsada por mi estómago, y cuando menos lo pienso me encuentro junto a la puerta que comunica con la sala. A veces, inconscientemente, sujeto la mesa y vuelvo a arrastrarla hasta el medio de la sala; luego comienza a deslizarse de nuevo. En una plancha del enchufe que hay en la mitad del piso, consigo por lo común retener una de las patas de la mesa, y con esto todo queda inmóvil —menos mi mano y la pluma—siquiera por una hora.

Escribe que escribe, voy siguiendo la mesa en su marcha a través de la habitación, mientras la jaqueca u otros achaques me atormentan; escribo lo mismo en invierno, cuando se corta la calefacción comunal y me quedó entumido con el frío y la falta de movimiento; escribo igual en verano, cuando hace tanto calor, que la tinta emborriona el papel mojado con el sudor de mi mano. Sigo escribiendo sin descanso, día por día, y los únicos acontecimientos en mi calendario son las apariciones periódicas los martes y viernes, de la mujer que viene a asear mi casa.

Naturalmente, no quiero decir con esto que otras ocupaciones no sean monótonas y sedentarias, pero estoy convencido de que el escribir es más aburrido y rutinario que cualquier otro empleo. Lo que hace esta afirmación arbitraria y difícil de probar, es la idea corriente que se tiene de mí, de que mi vida es un paraíso de ociosidad y placeres. Sería imposible para mí confirmar tal leyenda, siendo que en poco más de veinte años he conseguido escribir el equivalente del contenido de cincuenta laboriosos volúmenes. La opinión que tiene de mí el público, o por lo menos el público que me conoce, parece referirse a un hombre que reparte su tiempo entre comprarse corbatas, sorber champaña y conversar (por no decir otra cosa) con las más lindas mujeres de ésta y otras tierras. Con frecuencia me da envidia pensar en la vida que se me supone; la realidad es algo tan diferente!

Al novelista —y esto lo digo por el contacto con gentes de mi sexo—se le supone un tipo *alegre*, un término que en Estados Unidos conlleva el significado de amoral. Las mujeres esperan

que un novelista las insulte, y se preparan en consecuencia. Su actitud hacia él se caracteriza en parte por la curiosidad y en parte por un anticipado resentimiento, como quien espera lo peor. Sus halagos, cuando recurren a la adulación, no son mejores: las mujeres le cuentan sus preocupaciones más íntimas, por lo común inventadas y siempre vivamente exageradas, con la advertencia, a guisa de excusa, que sólo él puede comprenderlas. Esas preocupaciones son invariablemente las mismas; las mujeres están aburridas de la existencia que llevan; y cada una repite palabra por palabra lo que otras dijeron antes. Nos toman de la mano, suspiran, y luego piden más champaña, o que les enciendan un cigarrillo. La verdad, es, en completo contraste con la leyenda vulgar, que las mujeres miran a los escritores, a los novelistas, de un modo impersonal, haciendo abstracción del individuo.

Por lo común, el escritor no es ya, al alcanzar cierta fama, un tipo físicamente atrayente. Su vida y hábitos son particularmente nocivos a todo encanto personal; y las mujeres inteligentes, las mujeres hermosas, tras haberse saturado con su simpatía, vuelven con hombres de un tipo hartamente diferente a la sala de baile. Añádase a esto, que cualquier individuo con ciertas pretensiones a la eminencia, se pone irónico, agravando su escepticismo con el correr de los años; y las mujeres aborrecen la ironía y la duda en el hombre. La camaradería con las gentes de su propio sexo es algo todavía más difícil de alcanzar para el escritor; hombres de lo más admirable viven para la acción y las ideas positivas; y el autor de obra creadora o imaginativa vive al margen de los sucesos, apartado de creencias y hechos, por lo cual el mundo de sus semejantes desconfía de su valer. Los hombres, no menos que las mujeres, creen que el escritor es un individuo sin decoro, un sujeto con las costumbres y los recursos de un turco. Nadie quiere creer que el novelista trabaja en realidad, que lo que hace le cuesta más que su tarea a otros hombres, y que en vez de ser un tipo calavera, es un individuo de ánimo sombrío y de físico agotado.

*
* *

La recompensa material de la profesión de las letras es, por lo común, tan pequeña, que no deja esperanza alguna en tal sentido. Ello disminuye en proporción inversa a la dignidad y la integridad personal del escritor. Es, por supuesto, más fácil vender la mala literatura que la buena; pero lo que da más provecho es la obra mediocre: historias y libros sin ninguna cuali-

dad positiva, capaces de contentar igualmente a católicos, musulmanes, metodistas y episcopalianos. Libros en que principalmente se retrata una humanidad triunfante, donde la bondad es siempre premiada, entre otras cosas, con la posesión de incontables bienes materiales. Esta es la fórmula perfecta. Como broche de oro del libro ha de figurar la riqueza y la posesión de una rubia encantadora. Naturalmente, no todos los cuentos y novelas que se escribe son eso y nada más; cada día uno encuentra más y más que se apartan de tales majaderías; cada año se están publicando nuevas y nuevas obras de imaginación bien meritorias y aun distinguidas; hasta cierto punto puede considerárselas un éxito literario; pero ni remotamente podría decirse que lleven aparejado un éxito monetario.

Una novela que cuesta dos años de enconado esfuerzo y basada en la ardua experiencia de toda una juventud, pudiera ser que fuese un buen éxito artístico; bajo el aspecto del estilo o los caracteres, y ganar doscientos dólares para su autor. Esta es una manera optimista de ver el caso. La segunda obra de la misma pluma, tan buena o mejor que la primera, podrá traerle una compensación de quinientos dólares. Setecientos dólares, en total, ganados en algo así como cinco años de trabajo. Hay sus excepciones, pero nadie debe ponerse en el caso de ser una de ellas. Miles y miles de individuos, hombres, mujeres y niños, se ocupan de escribir libros e historias sueltas. Un autor de cierto mérito aparece cada tres o cuatro años. ¡Uno! Por lo común no pasa de ser un escritor meritorio, que cumple con honradez su tarea. Una red de tentaciones le asalta inmediatamente; y, por paradoja, las más insistentes son las necesidades de dinero y la facilidad de ganarlo en grandes cantidades por medios relativamente fáciles.

Existe un impulso en la humanidad, una presión constante, una universal envidia, que la lleva a buscar un nivel uniforme, sin molestias eminencias ni peligrosas simas, que ofrezca una existencia sin sobresalto, agradable y mediocre. Cada cual aspira, antes que nada, a justificar su modo de ser, a ponerse en paz consigo mismo; y toda obra que tienda a justificar, a propugnar el tipo corriente del individuo, será invariablemente solicitada por la mayoría de los lectores. Una de las grandes falsedades que circulan en el mundo literario es la de que las obras escandalosas e inmorales son las que dan más dinero. En realidad, pocas veces dan un provecho que valga la pena. Su público es muy reducido. Los libros que prenden una aureola en torno al hombre y la mujer ordinarios, eso son los que resultan una mina para sus autores. Ellos son la lectura favorita de las

mujeres, principalmente, para quienes es indispensable tocar, siquiera con la imaginación, sus secretas ambiciones y esperanzas. Sus aspiraciones, se concentran, principalmente, en un enamorado romántico, fogoso, con tipo meridional, y en una vida lujosa y variada.

¡Muy natural!

La existencia del promedio de la mujer norteamericana sigue careciendo de variedad, de amantes románticos, de maridos ideales. Las expectativas que ellas pueden tener en la mayoría de los casos no es pizca de brillante. La vida cotidiana de tal mujer está separada por una gran distancia de sus pensamientos y aspiraciones; y las ansias de su sér se satisfacen leyendo novelas en que aparecen hermosas damas irresistibles, que se conquistan el amor de gentes nobles y ricas. En cierto modo, su vida se espacia en torno a tales libros. Yo no esperaríá venderle a las mujeres una novela que tratara de una mujer sin amor y sin esperanza. . . . a menos que la historia fuera enteramente sentimental. Una novela sentimental sería, en tal caso, una en que la vicisitudes y la importancia de la mujer aparecieran burdamente exageradas. Una versión realista de tal vida no tendría acogida entre ellas, y su verdad y belleza pasarían inadvertidas. La inmensa mayoría de las mujeres leen por vía de estímulo, en busca de la ilusión de un mejoramiento de su destino.

Los hombres, de entre los pocos que leen, son diferentes; y su idiosincrasia es tan varia, que no cabe una clasificación de ellos. A veces después de revisar mi correspondencia, imagino que la mayoría de los hombres leen principalmente con miras de descubrir el número de errores en las obras que caen en sus manos. Acabo de publicar una biografía del General Sheridan en cuya primera edición aparecieron, por lo menos cinco errores; y de cada estado de la Unión, de cada ciudad de cierta importancia, recibí cartas de hombres en que se me llamaba la atención a esos errores. La proporción de esas cartas en relación con las de aplauso, es alrededor de trescientas contra una. Y, sin embargo, en la biografía de Sheridan la proporción de exactitud a error es. por lo menos de tres mil a uno. A pesar de esto, debo estar agradecido al entusiasmo crítico de mis lectores masculinos, por cuanto facilita muchísimo la revisión de la obra; lo que aquí importa es dejar constancia del hecho.

Sería instructivo conocer los totales de ventas de tres libros de carácter exclusivamente masculino, y sin discutir para nada su mérito comparativo: «Mountain Blood», una novela que publiqué en 1915; «Beyond Life», por James B. Cabell, y «The

Secret Agent», de Joseph Conrad. De «Mountain Blood» he recibido yo, a contar del cuarto año de su aparición, unos treinta y cinco dólares al año. Más bien menos que más. Se cuenta allí la trágica historia de una mujer que muere de una hemorragia a consecuencia de un parto, y el subsecuente remordimiento, el abandono y la muerte en la soledad de su marido. No es uno de esos libros que una mujer disgustada con su suerte vaya a recomendar al primer impulso a una amiga. En cuanto a los hombres, son muy pocos los norteamericanos que leen obras novelescas, y la proporción de lectores de obras de algún mérito artístico, aunque parezca lo contrario, favorece a las mujeres. Pero aun así, el total de lectores es muy reducido. Una buena novela de un autor novel, por lo corriente, alcanza una circulación que varía entre trescientos y tres mil ejemplares.

El dón de la popularidad es casi tan raro como el de una habilidad especial, y ha de fundarse, entre otras cosas, en una correlativa sinceridad. Un autor cuyas obras circulan por millones, cree firmemente en la verdad, en la belleza de sus temas; se halla convencido de que la bondad, tal como él la entiende, recibe una generosa compensación, y que su rígido concepto de la moral es el correcto. Me es familiar, por ejemplo, la fórmula que emplea la mayoría del grupo de novelistas más en boga, y podría escribir una de esas novelas, siguiendo a la letra cada detalle de construcción y de ideas, en un plazo de dos semanas. Ese libro me traería unos cuatrocientos mil dólares por derechos de autor, de cinematógrafo y de teatro, además de ir a regocijar a incontables lectores; y con todo eso, cosa rara, yo no podría trazar una sola línea de tal obra. El hecho de que su inspiración sería falsa, de que yo no creía una palabra de lo que estaba diciendo, se vería claro a la primera ojeada.

Muy pocos escritores alcanzan una vasta popularidad; el hecho de que, en su mayoría, sean malos escritores, tiene poco que ver con ello. Ellos también, al igual que Edmund Spenser, poseen sus cualidades. Es tan imposible copiar su manera como sería imposible, en caso que fuese deseable, plagiar, «The Faerie Queene». No, en su aspecto material, la literatura, cualquiera que sea su calidad, no nos asegura el porvenir. Y en los casos en que da para vivir, el esfuerzo es increíble. Supone, como ya lo he demostrado, una labor de la especie más aniquiladora. Aún la comparativa eminencia que puede resultar de ello no es siempre envidiable; en su mayor parte resulta en un cansancio originado por la opresión de la constante, universal estupidez humana. Una repetición de romas y absurdas preguntas o de elogios de una insinceridad transparente; la fatigante demanda

de consejos y ayuda de parte de una miriada de principiantes sin una sombra de talento; la envidia siempre en vela, la animosidad de casi todos los demás escritores de mérito; la eterna punzada de la conciencia íntima que nos muestra la insalvable diferencia entre nuestras concepciones y su realización.

Súmese a esto el hecho de que el autor de literatura de ficción buena o mala, no tiene días de reposo, ni vacaciones. Sus dificultades y sus problemas van con él dondequiera que vaya; le malogran sus días y atormentan sus noches; intervienen entre él y sus placeres; y le hurtan aún a la sensación de seguridad y felicidad que da el amor.

*
* *

De qué proviene que hombres y mujeres, se entreguen a los géneros de literatura creadora —cuáles son las cualidades y necesidades que hacen esto posible—es cosa difícil de descubrir. Muéstrase, engañosamente, como una manera agradable y fácil de reunir dinero; y ese halagüeño y efímero error es lo que estimula sus primeros esfuerzos. Una necesidad más honda de cierta justificación personal ante el mundo es otra razón de muchas vocaciones literarias. Eso en cuanto a la generalidad; por lo que toca al menor grupo de los escritores relativamente talentosos y perseverantes, no hay manera de explicar su caso.

Una veintena de años dedicados a las letras significa, entre otras condiciones y circunstancias desfavorables, una inescapable aislamiento espiritual harto peor que un simple confinamiento entre las cuatro paredes de una celda. Es una condición que no tiene nada de saludable. Esto, por lo menos, no admite discusión; y por un estado de salud quiero dar a entender aquí uno que comprende lo que se acerque más a una condición de bienestar mental y físico. En realidad, las personas normales están por regla general desprovistas de intelecto o imaginación. En su mayoría son extremadamente estúpidas. Para su propio bien, no sienten la falta de la función intelectual. Con frecuencia son individuos ampliamente estimados, y no pocas veces ocupan puestos directivos; se enriquecen, bien que no hayan producido en su vida un solo pensamiento elevado. La imaginación es una enfermedad peculiar y atormentadora.

La imaginación, exagerada hasta un grado fantástico, llenó mi infancia con las sombras del miedo y desmenuzó la realidad de mis experiencias posteriores. Era yo, irónicamente, un muchachón robusto, y el contraste entre mi apariencia y mi abyecta timidez, mi incapacidad de participar en los deportes en

forma medianamente decente, me obligó, por la mera salvación de mi orgullo, a retirarme a un mundo irreal, donde yo pudiera arreglar las cosas a mi entera satisfacción. Una vez, después de un desastroso partido de base-ball en que no logré siquiera tocar la pelota, volví a casa en uno de esos carruajes de dos asientos que llamaban «un Germantown» protegido por cortinas de cuero en ambos lados; e *in-mente* me puse a arreglar por el camino aquel partido de pelota, hasta convertirme en el héroe de la ocasión. Ese hábito—que los psicólogos tienen por deplorable—se fué haciendo más dominante cada día, y a poco vivía ya casi enteramente en un mundo imaginario.

Durante toda mi primera juventud, me enfermaba todos los veranos de resultas del calor; veíame obligado a permanecer quieto, en una casa muy apacible donde vivía gente vieja; y yo me retiraba del contacto con la vida diaria para irme a ocupar la torre de piedra que dominaba la mansión ancestral. Desde arriba divisábase una ancha vista de un paisaje burgués: prados ingleses de color esmeralda, historiadas rejas de hierro, pilacon brillantes peces de colores, festones de wisteria y enredaderas de color naranja, con cercos de rosas blancas. Cada mañana un carruaje llegaba a la puerta para llevarse a mi madre que iba de compras; en las tardes de verano una victoria venía a llevarnos de paseo, invariablemente por las orillas del Wissahickon, y el carro del riego pasaba desplegando su abanico de agua borbotante.

A los diez y seis años de edad comencé a estudiar pintura; pero esto terminó bien pronto; estaba a la vista, aun para mí mismo, que no llegaría jamás a ser pintor. Luego, sin preparación previa, sin educación sólida, comencé a escribir. Cubrí miles y miles de carillas de papel con palabras que ni por casualidad lograban expresar mis intenciones o mis esperanzas. Ni aun entonces se hubiera podido elogiar mis escritos. Todas mis sentencias eran torpes e incorrectas; su significado confuso. Eran, en una palabra, repelentes. Más tarde me dió por escribir, con gran afectación, breves poemas en prosa plagados de palabras raras, delirantes. Presumía un supremo menosprecio por las expresiones comunes y los pensamientos corrientes. Me sentía artista.

Eso no era un progreso por supuesto; pero, así y todo, pasó apenas transpuse los veinticinco años. Me casé y escribí un libro romántico cuyo desenlace ocurría en el cielo. Luego toda huella de romanticismo se borró por completo en mí, y escribí «Mountain Blood», la novela a que ya he aludido. La forma de esta novela fué tanto el producto de mis limitaciones tanto como

de las cualidades literarias que pudiera tener su autor; era a la vez el resultado de mi percepción y de mi ignorancia; de tener algún mérito, provenía de cierta necesidad íntima frente a lo que el autor ignoraba. Hube de sacar de todo eso, un estilo.

Muy al fondo de mí detestaba más todavía lo que ocurre con los sentimientos nobles del individuo a lo largo de su vida, y me horrorizaba la injusticia que dondequiera que sea confronta y abruma al género humano. No tenía ni la más remota esperanza de llegar a corregirla, y sencillamente la odiaba. Ese distingo es importante, en cuanto señala la diferencia entre el reformista y el escritor tal como yo lo sentía. No podría imaginarme siquiera escribiendo un solo párrafo de misionero reformador. El fundamento de mi actitud y de mi indignación era el hecho palpable de que la existencia humana no podía ser mejorada. Sólo podría ganar en dignidad, hacerse relativamente soportable, gracias a momentos aislados de valor y a la comprensión. La Piedad—una palabra de tan espléndida raigambre, que apenas me atrevo a escribirla. En todo eso puede encontrarse, por lo menos, las razones, los motivos de mi vocación literaria, y en parte describen la forma y la apariencia de mi obra.

Debe ser evidente para todos que semejante tarea no tiene nada de ligero o divertido, ya que se basa en la tortura del espíritu—esos daños que jamás se curan ni se olvidan, porque se engendraron en la enfermedad y la soledad. No habría un ser humano en el uso de todas sus facultades, que fuese a echarse encima de propia voluntad tal triste y desesperante tarea. Afortunadamente, o infortunadamente, ello no es cuestión de quererlo o no. Es un destino inapelable. Ciertos individuos nacen destinados a trazar la tragedia de sus sentimientos sobre el papel; otros, infinitamente más felices, nacen con un talento para escribir con ironía o con suficiencia. Los demás, la inmensa mayoría de los que escriben, no tardan en agotarse. Son ellos, acaso, más felices que los pocos que alcanzan el éxito.

De ser posible, yo hubiese escogido otra existencia enteramente diversa, o en otra época—los comienzos del siglo XIX—en la cual dedicarme a escribir. En el curso del período más crítico de mi carrera, intervino la guerra. Yo no llegué a darme bien cuenta de ella, y mi participación en ella fué insignificante y ayuna de riesgo. Cuando, por último, todo hubo terminado, me encontré viviendo en una era juvenil e interesante, y, desde su punto de vista, justificada en mirar con impaciencia la presunción y los méritos del pasado inmediato. Luego pude darme cuenta de que esto también pasaría, pero no antes de que yo

desapareciera, dejando mi obra entregada a un destino problemático.—J O S E P H H E R G E S H E I M E R.

(Traducción especial para ATENEA).

Joseph Hergesheimer forma, con James Branch Cabell y unos dos o tres novelistas más, el grupo de la «écriture artiste» norteamericana. Ha explorado con gran brillo en la vida colonial de Estados Unidos y hecho una pintoresca excursión literaria a Cuba («The Bright Shawl»). Su novela «The Three Black Pennys» es una obra cíclica de considerable mérito y vigor, en que se cuenta con penetración psicológica y mucho ambiente la carrera de tres generaciones de fundidores en Pennsylvania. El trozo de memorias que ahora traducimos del «American Mercury», fruto de una experiencia necesariamente personal, ha de interesar por su sinceridad, particularmente a nuestros escritores, al mostrarles el envés de la rica y accidentada vida intelectual de Estados Unidos.—*N. de la R.*

LOS CAMINOS DE MAGNOLIA

DECIA de uno los directores de la propaganda británica en los Estados Unidos que la propaganda es una arma tan necesaria durante la guerra, como los gases asfixiantes, y que durante la paz es uno de los corolarios de la democracia. Mientras más democracia haya, tiene que haber más propaganda. Su intensidad y su masa aumentan con la aptitud en que esté un país para gobernarse a sí mismo. La suma de mentiras envueltas en verdades o descaradamente contrarias a la realidad, crece a medida que se desarrollan las posibilidades para el ejercicio de las funciones soberanas del pueblo. Este menor de edad, adueñado de sus propios destinos, se entrega a los que quieren pervertirle, y es víctima no sólo de lo que ve, de lo que oye y de lo que lee, sino de lo que se le hace ver, de lo que se le hace oír y de lo que se le hace leer. El cinematógrafo y el radio centuplican la masa de la materia tóxica.

Los más singular del hecho es que muchas veces los mismos agentes encargados de diseminar el veneno, ignoran que están al servicio de una propaganda. Se organiza una sociedad filantrópica, por ejemplo, y los que la forman están absolutamente